

Corsarios y marineros

El tesoro del presidente del Paraguay

El continente misterioso

Los corsarios de las Bermudas

Dos abordajes

**Las extraordinarias aventuras de
«Cabeza de Piedra»**

Emilio Salgari



Corsarios y marineros
Emilio Salgari

El tesoro del presidente del Paraguay
First published as *Il tesoro del presidente del Paraguay*, 1894

El continente misterioso
First published as *Il continente misterioso*, 1894

Los corsarios de las Bermudas
First published as *I corsari delle Bermude*, 1909

Dos abordajes
First published as *La crociera della Tuonante*, 1910

Las extraordinarias aventuras de «Cabeza de Piedra»
First published as *Straordinarie avventure di Testa di Pietra*, 1915

ISBN: 9781987886337

Cover: *Pirates*, NC Wyeth 1921

All Rights Reserved. Published internationally by ROH Press.
No part of this book may be reproduced or transmitted in any form
or by any means, graphic, electronic, or mechanical, including
photocopying, recording, taping, or by any information storage
retrieval system, without the written permission of the publisher.

<http://www.rohpress.com/>

Los dos marineros

El tesoro del presidente del Paraguay

Capítulo 1

Una nave misteriosa

LA NOCHE DEL DÍA 22 de enero de 1869 un buque de vapor de un porte de 450 a 500 toneladas, con arboladura de goleta y que parecía haber surgido repentinamente del mar, ejecutaba extrañas maniobras cambiando de rumbo cada doscientos o trescientos metros, a distancia de cerca de cuarenta kilómetros de la amplia desembocadura del Río de la Plata en América del Sur.

Su esbelta silueta, su proa provista de espolón, sus numerosas troneras que parecían destinadas a bocas de cañón o por lo menos a cañones de ametralladoras, su velocidad muy superior a la de los buques mercantes, y, sobre todo, sus ochenta hombres que en aquel momento ocupaban la toldilla, todos armados con fusiles, y su cañón grueso, montado en una torreta blindada que se levantaba delante del árbol de trinquete, le daban a conocer a primera vista, como uno de aquellos barcos llamados cruceros poderosos auxiliares de los buques acorazados.

Ni en el mastelero del mayor, ni en la verga de la randa, ni en el asta de popa, llevaba bandera alguna que pudiese indicar a qué nación pertenecía, y aunque la noche fuese oscura como la recámara de un cañón y navegase por parajes bastante frecuentados, donde una colisión podía de un momento a otro echarlo a pique, no llevaba ninguna de las luces prescritas por los reglamentos marítimos.

Extrañas conversaciones se cruzaban en lengua española entre los marineros, especialmente entre aquellos que vigilaban a proa, bastante lejos de los oficiales que estaban de pie en el puente de mando, ocupados en escudriñar el mar con poderosos anteojos.

—Dime, Pedro —decía un mozalbete que masticaba con visible satisfacción un gran pedazo de cigarra, volviéndose hacia un contramaestre que estaba apoyado en una pequeña ametralladora tapada con una funda de tela embreada—, ¿se atraca o seguimos navegando?

—No sé más que tú, Alfonso —respondió el interrogado—. El capitán es quien manda, y él sabe lo que hace.

—¡Buena manera de navegar! Hace dos días que al ponerse el sol nos acercamos a la costa y al salir el sol volvemos a salir mar afuera. ¿Tendrá el capitán miedo de la fiebre amarilla?

—¡Nada de fiebre amarilla! Teme algo peor.

—¿Qué otra cosa?

—A los brasileños y a sus aliados.

—¡Bah! Nuestro valeroso presidente Solano López los tiene muy ocupados para que les quede tiempo para ocuparse de nosotros.

—Y yo te digo que a ellos les interesa más ocuparse de nosotros que no del ejército del Paraguay. ¿Sabes tú qué cosa llevamos en la bodega?

—Trescientas cajas llenas de vestuario para nuestros soldados, ha dicho el capitán.

—Me parece que te equivocas.

—¿Llevamos, pues, un cargamento sospechoso?

—Ochocientos mil cartuchos y treinta mil fusiles, amigo.

—¿Para nuestros valientes soldados?

—Tú lo has dicho, Alfonso.

—¿Y el capitán no nos lo ha dicho?

—La discreción no está nunca de más en tiempos de guerra.

—¿Pero crees que los brasileños saben lo que transporta el *Pilcomayo*¹?

—Cuando salimos de Boston para transbordar en alta mar las cajas del navío inglés, nos seguía una lancha de vapor, y cuando emprendimos el rumbo al Sur, ya la he visto volver al puerto a toda velocidad. Aquella lancha, si no lo sabes, te diré que era del cónsul del Brasil.

—¿Entonces, tú crees...?

—Digo que en el Río de la Plata nos esperan los barcos aliados y que apenas nos descubran se nos echarán todos encima.

—¡Uf! ¡Qué asunto más feo! Pero, es indudable que habremos de atracar en alguna parte.

—¡Atracar! Primero hay que entrar en el Río de la Plata y remontarlo hasta Asunción, si esta ciudad resiste todavía a los ataques de las tropas del Brasil, de la Confederación argentina y del Uruguay.

¹ Pilcomayo: El río Pilcomayo es un curso de agua de la Cuenca del Plata que discurre por territorio de Bolivia, Argentina y Paraguay. Pilcomayo deriva del quechua y significa río (mayu) de los pájaros (pishqu).

—Si nos echaran, a pique sería un golpe terrible para nuestro presidente.

—Su ruina, porque además de las armas y municiones llevarnos...

—¿Qué cosa?

—¡Chist! Habla bajo, para que nadie te oiga. Llevamos nada menos que el tesoro del presidente: siete u ocho millones en diamantes.

—¿Quién te lo ha dicho?

—Lo ha dicho el capitán una noche, mientras hablaba con el agente del gobierno.

—¿Con ese señor Calderón, tan feo?

—Cállate, si no quieres ir a la barra.

—Me es antipático ese agente.

—¡Pst...! ¡Oh...! ¡Oh...! ¿Qué novedad es ésta? —murmuró el contraestre.

—¡Máquina atrás! —había mandado el capitán—. ¡Todo el mundo a su puesto de combate...!

Los marineros se precipitaron a sus puestos, los unos a la amurada pasando los fusiles entre los petates arrollados encima de la batayola,² los otros detrás del cañón grueso, de la torreta, o detrás de la ametralladora que el contraestre Pedro había desenfundado en seguida.

Todos los ojos se clavaron con ansiedad en la vasta extensión de agua que se abría ante el espolón del *Pilcomayo*, pero en medio de las profundas tinieblas no se distinguía cosa alguna que tuviese apariencia de nave.

Sin embargo, el capitán, debía haber descubierto alguna cosa para dar aquella orden.

Pasaron algunos minutos, durante los cuales el crucero permaneció completamente inmóvil, y en medio de un absoluto silencio; después volvió a oírse la voz del capitán:

—¡Hola, Cardozo! ¿Lo ves?

Desde lo alto del palo mayor cayeron con lentitud estas palabras que parecían lanzadas por una voz de muchacho.

—Sí, a tres o cuatro millas a sotavento, capitán.

—¿Y las luces?

—No lleva.

² Parapeto del navío.

—¿Navega?

—Hacia nosotros.

—¿Barco o vapor de vela?

—De vapor, capitán.

—¡No es él! ¡Muerte y condenación! ¿Habrá sido echado a pique...?

Sin embargo, debía navegar en estas aguas... ¡Maese Diego!

Un hombre de cuarenta años, de alta estatura de musculatura extraordinariamente desarrollada, de piel curtida y recocida por el sol y los vientos del mar, de facciones enérgicas, se acercó por debajo de la pasarela,³ y esperó con la mano en la gorra.

—¿El *Paraná* debía cruzar? —le preguntó el capitán.

—Por estos parajes, comandante —respondió el maestro.

—¿Estás seguro?

—El agente del gobierno lo ha dicho.

—Y la señal debía ser...

—Un cohete azul.

—¿Habrá sido, capturado?

—Eso es lo que yo ignoro, comandante. Pero cuando no aparece es señal de que le ha pasado alguna desgracia o los aliados le han impedido salir a alta mar.

—Ponte a la rueda del timón, y preparado a todo.

—En cuanto mi capitán me ordene reventar al brasileño de un espolonazo, lo haré.

—Está bien; a tu puesto.

En aquel mismo momento de lo alto de la arboladura llegó la misma voz de antes:

—¡Capitán! ¡Tenemos otro barco a popa!

—¡Oh! —exclamó el capitán, mordiéndose el bigote—. ¡Se trata de pillarnos en medio! No esperaba que los brasileños nos espiasen de ese modo; pero si esperan quedarse con mi cargamento, buen chasco se llevan.

Y volviéndose hacia los dos oficiales que estaban a su lado, dijo:

—Acaso esos barcos, que seguramente pertenecen a los aliados, no nos hayan visto, pero nunca son demasiadas las precauciones. Que los fusiles y las municiones vayan a parar al fondo del mar en lugar de servir

³ Puente de mando.

para nuestros amigos, puede pasar; pero el tesoro lo debemos salvar. Hagan ustedes traer la caja al puente.

—¿Y luego?

—Adapten ustedes el tubo al primer cilindro y esperen mis órdenes.

Antes de que los barcos de los aliados nos alcancen, todo estará dispuesto.

Los dos oficiales hicieron abrir la escotilla, y por medio de una de las grúas de a bordo subieron a cubierta una enorme caja que fue colocada en la toldilla con grandes precauciones.

Los marineros quitaron la tapa y ante sus ojos asombrados apareció un tejido como de seda, recubierto de una malla de sólido torzal que terminaba en un gran anillo de metal al cual venían a anudarse todas las cuerdas.

A una orden de los oficiales se arriaron desde los palos mayor y trinquete sendas relingas,⁴ que fueron atadas al anillo.

—Ya está —dijeron los oficiales al capitán.

—¿Y el tubo?

—Ya está acoplado y no hay más que introducirlo por el orificio.

—Que llamen al agente del gobierno.

Un marinero bajó a la cámara de popa y poco después volvía acompañado de un hombre, vestido de negro completamente y que parecía acabado de despertar.

Era un hombre de treinta y cinco o treinta y seis años, alto de estatura, bastante delgado, de color pálido y la faz cuidadosamente afeitada. Sus ojos, más bien pequeños y que tenían alguna cosa de falsos, las angulosidades de su rostro, la sarcástica sonrisa, que erraba continuamente sobre sus labios sutiles, no le hacían simpático, y desde el primer momento en que puso el pie en el crucero habla despertado entre los marineros un sentimiento de viva antipatía.

—Señor —le dijo el capitán saliéndole al encuentro—, somos perseguidos, y el bergantín del capitán Avellaneda no ha comparecido.

El rostro del señor Calderón continuó perfectamente impassible, y sus labios no se abrieron para contestar.

—¿No me ha entendido usted? —interrogó el capitán.

El agente del gobierno hizo una señal afirmativa con la cabeza.

—Usted tiene plenos poderes del gobierno, ¿qué me aconseja?

⁴ Pequeñas cuerdas.

—Cumpla usted con su deber —respondió el agente con voz pausada y seca.

—Le prevengo a usted que si me veo acosado de cerca por los barcos de los aliados, daré fuego a la santabárbara antes de que los cartuchos caigan en sus manos.

—¿Y el tesoro del presidente? —preguntó.

—Tengo todo lo necesario para salvarlo.

—Si todos nosotros volamos, también volarán los millones.

—No señor.

—Explíquese usted.

—Eso es cosa mía.

—Tengo derecho a saberlo, comandante —dijo Calderón con tono imperioso—. Yo soy el agente del gobierno.

—A usted, señor, no le compete más que decirme si debo forzar el paso o tomar el largo, y nada más —respondió el capitán con altivez.

—Pero el tesoro...

—Ya le he dicho a usted que poseo los medios necesarios para hacerlo llegar a su destino, aunque mi nave saltase o fuese echada a pique, y eso debe bastarle. Espero sus órdenes, señor.

—¿No ha aparecido la goleta de Avellaneda?

—No, y creo que no comparecerá para facilitarnos el alijo. Espero las órdenes de usted.

—Fuerce usted la entrada.

—Le advierto que si entramos en el río ya no volveremos a salir, porque es casi seguro que dejemos allí todos la piel.

—No importa.

—Y añadido que, si nos vamos a pique en el río, los aliados podrán extraer las armas y las municiones.

—Basta; entonces siga usted adelante. Esas son las órdenes del gobierno —dijo secamente el agente.

—Así se hará. Siempre tendré un par de horas de tiempo para poner a salvo el tesoro.

—No le entiendo a usted, señor.

—Mejor es así.

—Tenga usted cuidado porque el presidente cuenta con esos millones.

—Ya le serán entregados.

—Pero ¿de qué modo?

—¡Maquinista! —gritó el capitán en lugar de contestar al agente—. ¡Avante! ¡Y, vosotros, muchachos, preparad los fusiles y armaos de valor! Dentro de poco hará aquí mucho calor.

—¡Señor! —dijo el agente, que se había puesto pálido.

—¿Qué desea usted? —preguntó irónicamente el capitán.

—Yo soy el agente del gobierno.

—Y yo soy el capitán del *Pilcomayo*, y en este momento, a bordo de mi barco mando yo, después de Dios. ¿Me ha entendido usted, señor? ¿Quiere usted que le dé un consejo? Métase usted en su camarote y no salga usted hasta que concluya el combate, porque dentro de poco hablará el cañón. Aquí no nos queda más que forzar la desembocadura del Río de la Plata y correr. Las balas caerán como granizo y los agentes del gobierno no entienden de estas cosas y no las pueden evitar. Váyase, señor, si le parece bien.

Y dicho esto volvió la espalda al señor Calderón que se mordía los labios hasta hacerse sangre y volvió a subir al puente de mando con el portavoz en la mano.

Casi al mismo tiempo una cinta de fuego se levantó en medio del mar, a dos kilómetros por la popa del *Pilcomayo* y subió a trescientos metros de altura esparciendo a su alrededor miríadas de chispas de colores.

Poco después otra cinta, pero apenas visible, hendía las tinieblas hacia el Oeste para apagarse en seguida.

—Está bien —dijo fríamente el capitán que había observado con viva atención aquellas señales que nada bueno pronosticaban—. Los buques responden desde la costa y se comunican mutuamente la alarma. Se me esperaba y se preparan a recibirme. ¡Ya lo veremos!

Sacó el reloj y miró: eran las dos de la madrugada.

—¡Ingeniero! —gritó—. ¡Avante a toda máquina y que Dios nos proteja!

Capítulo 2

Una página histórica

EL AÑO 1865 EL telégrafo anunciaba al mundo que una guerra sangrienta había estallado entre los inquietos estados de América del Sur; la República del Paraguay por una parte, y el Imperio del Brasil, el Uruguay y la Confederación Argentina por el otro.

El gran impulso dado por el presidente Francisco Solano López, elegido para este cargo el día 16 de octubre de 1862, al Paraguay, sus proyectos, que acaso eran ambiciosos, habían desencadenado la guerra. El Brasil, el Uruguay y la Confederación Argentina, celosos de la influencia que les podía ser fatal y que poco a poco ejercía el Paraguay en el corazón de América meridional, aliándose, habían decidido aplastar a la joven república.

López, hábil presidente y valeroso guerrillero, había en seguida recogido el guante del desafío y a despecho de la enorme desproporción de sus fuerzas frente a las numerosas de los aliados y los grandes obstáculos que tendrían que vencer en países casi vírgenes y casi privados de comunicaciones, reuniendo con prisa tropas, se había puesto en campaña, confiando en su buena estrella y en su propia habilidad en materia estratégica.

A mediados de 1865, las hostilidades comenzaron por ambas partes con encarnizamiento sin igual.

López no tenía consigo más que un ejército muy débil, mal armado, lleno de buena voluntad y resuelto a todo.

Fortificó la orilla septentrional del río Paraná, acumuló provisiones en varios sitios, hizo base de su defensa a Stapura, y de Asunción y de la, fortaleza de Humaitá sus parques de reserva.

Después corrió a disputar el paso al general brasileño porto Alegre, que avanzaba por territorio paraguayo con las fuerzas aliadas.

Durante un año entero el valeroso presidente sostuvo la campaña con fortuna varia, hasta que exhausto de fuerzas y de municiones, a punto de ser rodeado por las preponderantes fuerzas de los aliados, se vio obligado a abandonar aquellos lugares después de haber incendiado su campamento de Stapura.

Pero el día 23 de abril el león de América del Sur volvía, gallardo todavía, a la revancha y se fortificaba nuevamente en Humaitá, erigiendo numerosas baterías en la parte superior del río. Atacado por el general argentino Mitre, le derrotan completamente junto a Humaitá, rechaza las proposiciones de paz y reanuda las comunicaciones con Asunción.

A fines de 1867 la fiebre amarilla hace estragos entre sus tropas, pero todavía no cede; y a principios de 1868 echa a pique a algunos buques brasileños que habían intentado acercarse al campo atrincherado de Humaitá.

Pero estos esfuerzos gigantescos debían al fin quebrantar su valiente pero escaso ejército. En efecto, hacia la mitad del mismo año, acosado por los aliados, que recibían constantemente nuevos y siempre frescos refuerzos, López se veía obligado a retirarse. La división naval de acorazados y los brasileños se aprovecharon de ello para romper las barreras y remontar el río; pero las baterías paraguayas, asentadas al norte de Humaitá, conseguían todavía tenerlos en jaque, mientras la señora Lynch, una valerosa inglesa, a la cabeza de sus batallones de amazonas, causaba a los aliados daños de consideración.

El 25 de julio, López se encontraba de nuevo comprometido. Su ejército, diezmado por la larga campaña y rodeado por los aliados, ya no resiste y abandona Humaitá, no sin sostener durante seis días sangrientos combates.

La mitad había quedado sobre el campo de batalla.

El audaz dirigente se refugia con los escasos restos en Tebicuary, después en Timbo, que fortifica, de aquí va a Villarrica, ciudad a diez leguas de Asunción, y por fin a Villeta.

Los aliados, que le perseguían encarnizadamente, le atacaron en esta última ciudad y le obligaron a retirarse a Angostura después de un combate de seis días. El día 27 de diciembre le intiman la rendición.

Pero López no se considera todavía vencido y fieramente la rechaza. Los aliados dan el asalto, se apoderan del reducto central y la escuadra entra en el puerto de Asunción donde él se había refugiado.

Impotente ya para resistir, se ve obligado de nuevo a huir, dejando en manos del enemigo la capital, tres mil hombres y dieciséis cañones, esto es, lo que quedaba de su ejército, que durante tres años le había seguido a todos los campos de batalla.

Diez días después de que el telégrafo llevase a las naciones de Europa la noticia de la caída de la capital del Paraguay, con la completa derrota de las tropas y la fuga del presidente López y cuando ya por todo el mundo se consideraba la guerra como definitivamente terminada, un despacho

cifrado, expedido desde Valparaíso, llegaba a Boston al agente consular del Paraguay.

Su traducción era la siguiente:

«Prepárese a recibir al agente gubernamental señor Calderón, que ha salido el 29 de diciembre de Río Janeiro. Lleva las instrucciones necesarias para el comandante del crucero *Pilcomayo*, suponiendo que esta nave esté aún en puerto.

Solano López.»

El día 10 de enero, al ponerse el sol, un hombre en traje de viaje, y llevando en banderola una maletita, se presentaba al agente consular que estaba ocupado en su gabinete.

—Yo soy la persona anunciada en el despacho que ha recibido usted de Valparaíso —dijo con voz lenta y mesurada.

—¿El señor Calderón? —preguntó el agente consular, saliendo precipitadamente a su encuentro y estrechándole efusivamente ambas manos.

—En persona.

—¿Entonces el presidente...?

—Todavía vive y se prepara a la revancha.

—Luego ¿han mentido los despachos aquí llegados que le suponen fugitivo en un bosque de los Estados Unidos, o escondido en Bolivia?

—Han mentido.

—¿Dónde se encuentra ahora?

—Lo ignoro, porque embarcó dos días después de la caída de Asunción. Un telegrama que tengo aquí me dice que está reorganizando sus dispersas tropas y nada más.

—Y usted cree...

—Basta con esto, señor —dijo el agente del gobierno con acento seco—. Los minutos son preciosos.

—¿Qué desea usted, señor Calderón?

—¿El *Pilcomayo* está en el puerto?

—Sí.

—¿Vigilado?

—Una coleta brasileña cruza por delante del puerto y espera a que salga para capturarlo.

—Mande usted llamar al capitán.

El agente consular llamó a un criado y le dio las instrucciones necesarias.

Un cuarto de hora después, un hombre de estatura gigantesca, con miembros poderosos, y negrísimos bigotes, espesa cabellera rizada y de reflejos metálicos entraba en el gabinete del agente consular. Sus ojos, que tenían extraños fulgores y en los que se leía un indómito valor y una fiera más bien cínica que rara, se fijaron en seguida con profunda atención en el señor Calderón como si quisieran penetrar hasta el fondo de su corazón.

—¿El hombre del telegrama acaso? —preguntó con acento que tenía algo de metálico.

—Sí, señor —respondió el agente consular. Después, volviéndose hacia el agente del gobierno y señalándole al gigante—: El señor Candel, comandante del crucero.

Los dos hombres se inclinaron.

—Espero sus órdenes—dijo después el capitán.

—Señor Candel, el presidente López espera de usted uno de esos favores que pueden costar la vida.

—Un marino no mira atrás cuando se tiene que jugar la existencia. Hable usted, señor.

—Se trata de salir a la mar.

—Se saldrá.

—Le advierto que un buque brasileño vigila la salida del puerto.

—Lo echaré a pique o él me echará a mí.

—Es preciso vivir, señor, y no morir. Nuestro gobierno no tiene más barcos que el que usted manda y éste es absolutamente necesario para la salvación de nuestra patria.

—Pero ¿voy a salir a la mar como un ladrón? —preguntó el capitán arrugando la frente—. No temo a ese brasileño que me espía.

—Es necesario.

—Sea; pero si ese perro se atraviesa en mi camino le haré probar un poco de hierro.

—Luego hará usted lo que le parezca oportuno. Ahora escúcheme.

—Hable usted, señor.

—Usted se hará a la mar esta noche e irá a cruzar a la intersección del meridiano 310° con el 40° paralelo. Allí, un barco proveniente de Inglaterra le entregará trescientas cajas que contienen ochocientos mil cartuchos y treinta mil fusiles, destinados a las tropas que nuestro presidente está reuniendo bajo su bandera.

—¿Y cómo liaremos para hacerlos llegar a nuestro presidente?

—Un buque mercante, mandado por el capitán Avellaneda, le esperará a usted en la desembocadura del Río de la Plata, y transbordará el cargamento.

—¿Y cómo le haremos saber que le esperamos?

—Todas las noches Avellaneda lanzará un cohete azul, lo que significará que ustedes pueden embocar el río sin temor a los aliados. En el momento oportuno yo le diré a usted dónde encontrará al bergantín.

—¿Y si el bergantín, por casualidad, fuese capturado antes de nuestra llegada?

—Entonces forzará usted la entrada de la ría.

—¿Y me he de medir con toda la escuadra aliada?

—¿Tiene usted miedo? Entonces le daré a otro el mando —dijo el agente del gobierno con sequedad.

El capitán le miró con ojos que echaban llamas.

—Señor Calderón, ¿es usted quien se permite decirme semejante cosa? —preguntó rechinando los dientes—. Entonces usted ignora quién es el comandante del *Pilcomayo*. Tengo dieciséis cicatrices en mi pecho y no creo que tenga usted tardas, señor agente del gobierno. ¡Ah! ¿usted quiere que yo fuerce el bloqueo del Río de la Plata? Está bien; lo forzaré; pero dudo que el presidente llegue a ver los fusiles que yo embarque.

—Así lo quiere el gobierno.

—Así sea.

—Y le advierto a usted que tengo amplios poderes y puedo destituir al que no me obedezca, señor Candel.

—¡Basta ya, señor!

—Otra cosa debo decirle: del barco inglés recibirá usted una cajita que contiene siete millones, regalados por algunos señores al presidente López para que continúe la guerra.

—Estarán seguros.

—Le aviso que están en diamantes, para que puedan ser fácilmente ocultables en el caso de que los brasileños o los argentinos capturen el barco de usted.

—Los tendré siempre conmigo.

—Tenga usted en cuenta que esos millones le son indispensables al presidente que se encuentra limpio de dinero.

—El presidente los tendrá, palabra de Candel, suceda lo que quiera a mi nave.

—¿Aunque los brasileños odiasen a pique al *Pilcomayo*?

—Sí.

—¿Está usted bien seguro?

—Segurísimo; con tal que se me dé un plazo de seis o siete horas.

—¿Qué quiere usted decir?

—Lo sé yo y basta, señor Calderón.

—Hasta la vista, a medianoche a bordo del *Pilcomayo*.

—¿Vendrá usted también al Río de la Plata? —preguntó el capitán, sorprendido.

—Tengo que acompañar el tesoro del presidente López.

—Es decir, que va usted a vigilarme —dijo el capitán con ironía—. Haga usted lo que guste; pero tenga en cuenta que su preciosa piel correrá riesgo muy desagradable. Adiós, señor.

A medianoche, el valeroso capitán embarcaba en su buque, cuyas máquinas estaban va bajo presión, y hacía embarcar tres grandes cajas, herméticamente cerradas, que algunos hombres habían llevado con carros a la playa. ¿Qué contenían? A nadie lo dijo, pero cuando estuvieron en el fondo de la bodega se le vio restregarse las manos con visible satisfacción y se le oyó murmurar varias veces:

—Ahora desafío a los aliados a que me quiten el tesoro del presidente.

A las 21,20 horas el señor Calderón subía al *Pilcomayo*.

—Cuando usted quiera estamos dispuestos—le dijo el capitán, recibéndole en la escala.

—Partamos —contestó fríamente el agente del gobierno.

Diez minutos después, el crucero dejaba silenciosamente el *quay*, pasaba por entre las numerosas naves que obstruían el puerto y salía atrevidamente a la mar. El capitán estaba en el puente de mando, rodeado

de sus oficiales, toda la tripulación sobre las armas, el cañón de la torreta cargado y la ametralladora de proa dispuesta.

El buque de guerra brasileño cruzaba por delante del puerto, pero estaba bastante lejos en aquellos momentos y no se dio cuenta de la salida del *Pilcomayo* que navegaba sin luces y manteniéndose arrimado a la costa.

Cuando se vio fuera de alcance, el capitán Candel lanzó su nave a toda máquina hacia el Sur, y tres días después cruzaba en la intersección del meridiano 310 con el paralelo 40°. El barco inglés, que llevaba las armas, las municiones y el tesoro del presidente López, estaba allí ya hacía varios días. El transbordo de la carga fue cosa de poco tiempo y en seguida los dos barcos se separaron, uno directamente para Inglaterra y el otro hacia el Sur.

El día 20 de enero el *Pilcomayo* se detenía a solamente cuarenta millas del Río de la Plata.

—¿Cuáles son sus instrucciones, señor? —preguntó el capitán Candel al agente del gobierno.

—Esperar la noche y acercarse a la desembocadura —respondió el señor Calderón—. Cuando vea usted el cohete azul, embocará el río a todo vapor y remontará la corriente hasta que yo le diga alto.

—¿Y si no vemos la señal?

—Volverá usted a salir mar afuera y tornará a la noche siguiente.

—¿Y si soy atacado?

—Les dará usted la batalla, si está usted dentro del río, y escapará si se halla en alta mar.

—Pero si me echan a pique en el río, los aliados se apoderarán de las amas.

—Pero salvará usted, el tesoro.

—No llego a entender a usted.

—No importa; esas son las órdenes del gobierno: obedezca usted.

—Por ahora, obedeceré, señor Calderón.

—¿Cómo, por ahora?

—Yo me entiendo.

—Explíquese.

—Cuando llegue el momento oportuno.

—Ahora.

—Señor Calderón, a bordo de mi barco mando yo —dijo el capitán con acento amenazador—. Cuando estemos en tierra mandará usted.

—¿Es que usted se rebelaría?

—También, si la salvación del tesoro o de las armas lo exigieran. Déjeme usted a mí pensar lo que debo hacer y luego ya dirá usted al presidente lo que le parezca mejor.

Y viendo que el agente del gobierno iba a replicarle:

—Ni una sílaba más —añadió— o me veré obligado a encerrar a usted en su camarote. ¿Me entiende usted? ¡Aquí el comandante soy yo!

Y he aquí por qué motivo el *Pilcomayo*, como hemos visto en el capítulo precedente, cruzaba por delante de la embocadura del Río de la Plata, que las naves de los aliados, sin duda, puestas en guardia por la inesperada partida de Boston, del crucero, avisada por sus cónsules, guardaban, rigurosamente dispuestos a rechazarlo a cañonazos y, si era posible, capturarlo.

Capítulo 3

La caja del capitán Candel

A LA VOZ DE mando de «avante a toda máquina» dada por el intrépido capitán Candel, el *Pilcomayo* había redoblado su carrera, poniendo la proa a la embocadura del Río de la Plata.

Filaba con una velocidad de catorce nudos, cosa no común a todas las naves, en aquellos tiempos, y que debía reportarle una inmensa ventaja sobre los barcos de los aliados, de los cuales la velocidad no superaba los doce nudos.

Su tripulación, preparada para el combate desde hacía tres noches y que ya había dado pruebas de indudable valor, estaba en sus puestos de combate; los fusileros detrás de la amurada con las carabinas en la mano y el sable de abordaje al costado y los artilleros en tomo de la pieza gruesa, puesta en batería en la torreta acorazada y detrás de la ametralladora.

El capitán en el puente de mando, con el portavoz en una mano y un revólver en la otra, tenía a su lado a los oficiales, mientras el maestro Diego estaba en pie tras la rueda del timón, pronto a virar de bordo o a dirigir al crucero dentro de la boca del río.

En el barco reinaba profundo silencio, interrumpido solamente por los golpes precipitados de los émbolos de la máquina y por los mugidos del vapor.

Después de las señales hechas, ningún otro cohete había surcado las tinieblas ni en el mar, ni en la costa, pero todos tenían la sensación de que el enemigo estaba próximo. Las naves señaladas parecían haberse evaporado, pero ya se debían haber lanzado tras la estela del fugitivo, prontas a cortar el camino por el Sur o por el Norte, en el caso en que virase de bordo para ganar la alta mar.

Media hora hacía que corría el *Pilcomayo* sin desviarse en una línea del rumbo establecido, cuando a trescientos metros de su proa apareció imprevistamente y casi a flor de agua un punto luminoso que se movía con gran velocidad.

—¡Oh! ¡Oh! —exclamó maese Diego, que en el acto dio media vuelta a la rueda—. ¿Quién quiere dejarse cortar por nuestro espolón? Ten cuidado, querido, que es muy sólido y hará de ti una tortilla.

—¡Hola! ¡Lancha de vapor a proa! —gritó un vigía colocado en la cruceta mayor.

—¡Que nadie haga fuego! —gritó el comandante.

La lancha señalada, apenas se dio cuenta de la presencia del buque, había virado rápidamente de bordo, corriendo hacia el Sur y en pocos instantes desapareció entre las tinieblas.

—Diego, ¿qué crees que habrá venido a hacer aquí? —preguntó una voz.

El marinero que así hablaba ora un muchacho de dieciséis a diecisiete años, delgado y nervioso, que parecía dotado de la extraordinaria agilidad de los monos, moreno como un indio, pero de facciones bellas y con ciertos ojos en los que se leía ya un valor más que extraordinario.

—¡Ah! ¿Eres tú, muchacho? —dijo el maestro—. Aquella lancha es un ave de rapiña que ha venido a espiarnos.

—Entonces, es que nos han descubierto.

—¿Ahora te enteras?

—Lo había sospechado, Diego. ¿Y cómo saldremos de ésta?

—Si no supiese que tienes buena sangre en las venas y que a pesar de tus pocos años has dado ya pruebas de indudable valor, me guardaría bien de decirte la verdad.

—Tú quieres decir, entonces, que nuestra piel corre peligro.

—Temo que dentro de un par de horas todo se haya ido a pique, muchacho.

—No tengo miedo, Diego —dijo el hombrecillo con soberbia—. Me has de ver combatir como viejo marinero y morir como valiente.

—Lo sé; tú eres de buena raza. Tu padre murió como un héroe sobre el puente de su barco con la bandera paraguaya en la mano, y tu hermano ha mostrado a los brasileños cómo saben morir los hijos de nuestra patria... ¿Qué dolor para tu madre si tú también llegaras a faltarle?

—Diego —dijo el muchacho con viva emoción—, no es éste el momento de recordar a la familia, ni que una madre adorada me aguarda con Dios sabe cuánta ansiedad.

—Tienes razón, Cardozo; ciertas cosas hacen más daño que bien, cuando se tiene necesidad de conservar toda la audacia. Pero yo velaré sobre ti como si fueses mi hijo, y sea lo que quiera lo que te ocurra me encontrarás siempre a tu lado.

—Gracias, Diego —dijo el muchacho sonriendo—. Con tal que una bala no te mande a dormir antes que a mí. ¿No te gusta, viejo lobo?

—Todo lo contrario, hijo mío, porque eso indica que no tienes miedo.

—¡Maestro Diego! —gritó en aquel momento el comandante.

—¡A sus órdenes, señor! —respondió el timonel.

—Apoya al Sur para evitar el encuentro con los aliados. ¿Los divisas?

—Perfectamente.

—¡Está bien! ¡Marineros: preparados para hacer hablar el cañón y posiblemente responded en seguida y pegad fuerte!

—Entonces, adiós, buena noche; ya habrá alguien que cuida de ti. El comandante te quiere bien y no fe olvidará... ¡Ah! ¡Ya estamos!

—¿Qué ves?

—Veo luces delante de nosotros.

—¿La escuadra enemiga?

—Sin duda y vigila precisamente ante la desembocadura del Río de la Plata.

—Prepáremos los oídos a la música, porque dentro de poco va a celebrarse aquí un concierto.

—¿Todavía tienes ganas de bromas?

Las luces de la escuadra estaban alejadas seis o siete millas, pero se distinguían perfectamente sobre la oscura línea del horizonte. Por su número era fácil deducir que los barcos eran muchos y dispuestos en forma que cerraban gran parte de la grandísima desembocadura del río gigante.

El *Pilcomayo*, que devoraba su ruta con creciente velocidad, dobló hacia el Sur, donde no se veía brillar ninguna luz, y en menos de media hora llegaba a las aguas del río.

—¿Se ve algo? —preguntó el capitán a los vigías de la cruceta.

—¡Buque a babor! —gritó una voz.

Todos los anteojos y todos los ojos se volvieron hacia la dirección señalada. Una masa negra, de enormes dimensiones, había aparecido a pocos cables de distancia y corría sobre el crucero con la intención de echarlo a fondo de un espolonazo.

—¡A toda máquina! —gritó el capitán Candel—. ¡Diego, toda la caña, a la orza!

Un instante después y a sólo pocas brazas de la popa del *Pilcomayo*, pasaba la nave enemiga, la cual, llevada por su propio impulso, pasó al otro lado, desapareciendo en las tinieblas.

—¡Uf! —exclamó el maestro, enjugándose la frente con el dorso de la mano—. ¡Un momento de retraso y estábamos perdidos!

—¿Lo has visto bien, viejo lobo? —preguntó Cardozo, que no se había apartado de su lado.

—Sí, hijo mío, y puedo decirte que era una fragata de las mayores. Si llega a tocarnos nos despanzurra.

—¿Volverá a la carga?

Maese Diego no respondió. Un relámpago había brillado lejos, seguido de una fuerte detonación. Una bala pasó silbando por encima del puente del crucero, perdiéndose en el mar.

—¡Maldición! —exclamó el capitán Candel—. ¡Hemos perdido la partida!

—¿Por qué, señor? —preguntó una voz.

—¡Ah! ¿Es usted, señor Calderón? —preguntó el comandante con ironía—. Le suponía a usted en su camarote al abrigo de las balas de los aliados.

—Le he hecho a usted una pregunta, y no he venido a que bromeé usted a mi costa —dijo el agente del gobierno con voz pacata pero casi amenazadora.

—Entonces le diré a usted que ese cañonazo hará acudir aquí a toda la escuadra enemiga, para cerrarnos el paso. Mire usted si tengo razón.

En efecto, las luces de los barcos, poco antes inmóviles, se habían puesto en movimiento y se acercaban rápidamente. Por añadidura en la costa se elevaron unos cohetes, surcando las tinieblas en todas direcciones.

—¿Pasará usted? —preguntó el agente del gobierno después de unos momentos de silencio.

—Es imposible después de haber sido descubiertos.

—¿Entonces, qué va usted a hacer ahora? ¿No podríamos encallar en la costa?

—No habríamos entrado una milla en la tierra cuando tendríamos encima tropas argentinas y del Uruguay. Lo que haré será salir mar afuera, salvar el tesoro del presidente, y después volver aquí a hacerme matar, para que no se suponga que tengo miedo de los aliados —respondió el capitán con gallardía.

—No comprendo con qué medios cuenta usted para salvar el tesoro del señor López.

—Ese es asunto mío únicamente.

—Está usted equivocado y yo le ordeno que fuerce el paso aunque todos tengamos que irnos a pique.

—Eso será lo último.

—¡Capitán Candel! ¡O me obedece usted o daré yo la orden de que se siga adelante!

—Hágalo usted, señor, y veremos si mis leales marineros le obedecen a usted o a mí.

El agente del gobierno, comprendiendo que sería una prueba inútil, se mordió los labios pero hizo un mohín de despecho.

—Daré cuenta al presidente —dijo con voz sorda.

—Hágalo, pues, señor; pero para entonces difícilmente me contaré yo en el número de los vivos.

Embocó el portavoz y enderezando su alta estatura gritó:

—¡Timonel, vira de bordó y avante afuera!

Un instante después, el crucero viraba de bordo y volviendo la popa a la costa americana se lanzaba a todo vapor sobre las ondas del Océano Atlántico.

La fragata encontrada poco antes volvía a aparecer ahora a breve distancia, presentando su afilado espolón. Tres fognazos seguidos de tres detonaciones relampaguearon sobre el puente de la fragata y tres gruesos proyectiles silbaron entre la arboladura del crucero.

—Demasiado alto, queridos —dijo el capitán Candel, riendo—. ¿Eh? ¡Maestro Alonso, manda un confite al cuerpo de ese bribón!

El maestro artillero, que sólo esperaba aquella orden, se encorvó sobre el cañón grueso, apuntó unos instantes y después tiró violentamente del tirafrictor.

De la boca de la pieza salió una gran llamarada que iluminó la cubierta, seguida de una tremenda detonación que hizo retemblar hasta la arboladura.

Pocos segundos después, se oía a lo lejos un estampido y se vio a la fragata acortar su carrera y luego pararse casi instantáneamente.

—¡Muy bien! —exclamó el capitán Candel.

Por el puente de la fragata se vieron luces que corrían de un lado para otro, después una clara voz gritó:

—¡Han destrozado la hélice!

Otros dos fognazos brillaron en las bordes de la fragata y después una serie de detonaciones, que parecían proceder de una ametralladora, crepitaron a popa.

—Esos caballeros se equivocan —dijo el joven Cardozo, que no se cuidaba de resguardarse de aquella granizada de balas—. Somos muy duros nosotros, ¿no es verdad, viejo lobo?

—Sí, hasta ahora —respondió el maestro—, pero ya veremos después si nuestra piel resiste a los cañones de la escuadra entera.

—¿Crees que nos persiguen?

—Sin duda, hijo mío. Mira cómo corren aquellas luces.

—Pero nosotros corremos más, maestro.

—Eso, mientras dure el carbón, pero temo que nos quede poco en el vientre. ¡Oh!... ¡Otra vez aquellos malditos de anoche!

Dos cohetes se habían elevado hacia el Norte y otro hacia el Este. Seguramente partían de los barcos señalados algunas horas antes y que todavía debían estar cruzando a lo largo.

Al ver aquellas señales la frente del capitán Candel se arrugó.

—Temo que acabemos mal si no me doy prisa a salvar el tesoro — murmuró —. Tengo, por lo menos, tres horas de ventaja y creo que serán suficientes.

Bajó del puente de mando, haciendo seña a los oficiales para que le siguiesen, y se acercó a la misteriosa caja que había sido subida a cubierta.

—¿Está todo dispuesto? —preguntó.

—Todo —le respondieron.

—Entonces, démonos prisa.

—¿Qué va usted a hacer? —preguntó una voz.

—¡Ah! ¿Todavía usted, señor Calderón? —dijo el capitán—. Ahora lo verá usted.

—Pero ¿qué contiene esa caja?

—Un globo, señor.

—¡Un globo...! ¿Y qué va usted a hacer con él?

—¡Caray! Pues salvar los millones del presidente.

—No le entiendo a usted.

—Ya lo entenderá después. Ahora déjeme tranquilo porque tengo los minutos contados.

Después mandó lentamente y con voz perfectamente tranquila:

—¡Maquinista, que apaguen todos los fuegos!...

—¡Pero, señor! —exclamó el agente del gobierno—. ¿No ve usted que la escuadra aliada nos da caza?

—Lo veo.

—Si apagan los fuegos, no tendremos escape.

—Lo sé; pero me interesa que las chispas que salen de la chimenea no hagan estallar mi globo.

—Eso es una locura; es quererse hacer matar.

El valeroso comandante se encogió de hombros.

Hizo una seña a un grupo de marineros que estaban al pie del palo mayor. Pronto las dos relingas atadas al anillo que asomaba por la misteriosa caja llevada poco antes a cubierta, fueron izadas, y se vio

levantarse un globo aún desinflado, pero que debía ser de grandes dimensiones a juzgar por su longitud.

Cuando el extremo llegó casi a la altura de las puntas de los mástiles, introdujeron en la abertura inferior, sujetándole a ella fuertemente un tubo de lona impermeable que salía de la bodega.

—Abra usted la válvula —mandó el capitán a un oficial.

Se oyó un silbido agudo que parecía producido por una violenta fuga de gas y se vio al globo inflarse poco a poco con un cabeceo marcadísimo y tendiendo a elevarse.

—¿Pero de dónde ha sacado usted ese gas? —preguntó el señor Calderón que parecía grandemente extrañado de cuanto veía.

—Está almacenado a gran presión en el interior de solidísimos cilindros de acero, que he traído conmigo desde Boston —respondió el capitán—. Basta adaptar el tubo y abrir la llave de paso; una cosa facilísima, como usted ve.

—¿Y cuando el globo esté preparado, qué va usted a hacer?

—Haré entrar en la barquilla dos o tres hombres de confianza y de los más valerosos, les entregaré el tesoro y cortaré la amarra —respondió suavemente el capitán—. Le aseguro a usted que los aliados no se llevarán los millones.

—Pero tampoco el presidente.

—¿Y por qué no, señor Calderón? El viento en esta región y en esta estación sopla casi constantemente del Este, el globo será empujado hacia tierra, pasará por encima de las cabezas de los aliados e irá a descender lejos. Después no les será difícil a los hombres que lo tripulen ir a parar al Paraguay.

—Pero ¿y si el viento por cualquier circunstancia cambiase y los fuese alejando de la costa sacándolos a alta mar?

—Mejor será que los millones caigan en el mar que no en las manos de nuestros enemigos. Ahora ruego a usted que me deje tranquilo para dirigir con cuidado la operación de la inflación.

El aeróstato se inflaba rápidamente, absorbiendo hidrógeno comprimido en los cilindros de acero. Ya se cernía en el aire estirando de las amarras que algunos marineros sujetaban. Todavía unos pocos cilindros más y el globo estaría dispuesto a lanzarse a la atmósfera.

De repente se oyó en lontananza una detonación y una bala vino a dar a pocas brazas de la popa del crucero haciendo salpicar el agua.

—¡Ah! ¡Ya están aquí! —dijo el capitán con tono completamente tranquilo—. ¡Pronto, otro cilindro y en seguida poned la barquilla!

Miró hacia el sitio de donde había partido el disparo y divisó a unos seis kilómetros un buque de gran porte que se acercaba rápidamente. Un poco más lejos se velan otros buques, los cuales se disponían a rodear al pobre crucero.

—Cuando estén al alcance de sus tiros el globo ya estará libre —dijo aquél.

Lanzó una mirada a su tripulación que esperaba intrépidamente el ataque de la flota enemiga, y después gritó:

—¡Maese Diego!

El timonel dio dos pasos al frente, saludando.

—Mi viejo amigo —dijo el comandante—, te voy a confiar un importante encargo.

—Ordene usted, mi comandante.

—Tú vas a subir en este globo y tentar la suerte.

—Subiré, mi comandante —respondió el maestro sin titubear.

—Te confío los millones del presidente.

—Está bien, mi comandante.

—Júrame que si llegas a la costa, se los llevarás a cualquier parte donde se halle.

—Lo juro por mi honor y sobre la bandera de nuestra patria.

—Gracias, valiente. Escoge un compañero de tu confianza.

—Helo aquí, comandante —dijo el maestro, apuntando con el dedo al joven Cardozo—. ¿No tendrás tú miedo, hijo mío?

—No, Diego —respondió el muchacho—. Antes te agradezco el que te hayas acordado de mí.

—Señor Calderón —dijo el capitán volviéndose hacia el agente del gobierno—, ¿prefiere usted vivir o morir?

—¿Por qué es esa pregunta? —dijo el agente.

—Porque si se queda usted conmigo, dentro de mía hora habrá muerto, mientras si monta en el globo... quizá podrá salvarse.

—Mi puesto es junto al tesoro del presidente.

—Está bien, señor.

Retumbó otro cañonazo sobre el mar y el segundo proyectil cayó a pocos metros del *Pilcomayo*.

El capitán dirigió una mirada al aeróstato, el cual estaba ya casi completamente inflado.

—¡Quitad el tubo —mandó el jefe —, y sujetad la barquilla!

Ambas órdenes fueron en el acto ejecutadas.

—¿Falta algo? —preguntó volviéndose a los oficiales.

—Nada, señor —respondieron—: armas, víveres, arena; todo está en su sitio.

Otra bala, salida de la fragata, atravesó el puente del crucero rozando esta vez el globo.

—¡Embarcad! —mandó el capitán con voz emocionada.

El agente del gobierno, el maestro Diego y el joven Cardozo subieron con presteza a la barquilla.

Entonces el capitán, sacando del bolsillo dos grandes estuches, los entregó en las manos del maestro.

—Estos son los brillantes del presidente —le dijo—. Yo los confío a tu lealtad y a tu honor.

—Estarán seguros, mi comandante —respondió el marinero con viva emoción.

—Adiós, valiente.

—Que Dios salve a ustedes, señores.

El capitán hizo una señal. Los marineros soltaron los cables y el aeróstato libre, se elevó majestuosamente por los aires, mientras la tripulación del crucero gritaba:

—¡Viva el Paraguay! ¡Viva el presidente!

[Búscalos en Amazon.com](#)

[Búscalos en Amazon.es](#)

[Búscalos en Amazon.com.mx](#)